

Los infanticidas de Cabaña de Yepes

Descubiertos el día 2 de Julio de 1935

En un pueblo pequeño
de la región castellana
ha ocurrido una historia
que causa miedo al contarla.

En Cabaña de Yepes
un pueblo de paz cristiana,
donde la gente era mala
trabajadora y honrada.

Nadie hacía mal a otro
nunca hubo quien matara,
hasta que por una noche
la sangre fué derramada.

En la calle Augustina
con el número número
una casa allí se encuentra
que un matrimonio habitaba.

Un tal Saturno Portillo
era el jefe de la casa
con su mujer «Doña Prisca»
que así los dos se llamaban.

Tenía el matrimonio
dos hijos y dos rapaces,
que en las faenas del campo
con sus padres trabajaban.

La hija mayor Manuela
pues de nombre así se llama,
tenía los ojos tristes
y era de cara agraciada.

Nadie la vió quien la ronde
nunca con mozos hablaba,
ella tan solo salía
a la fuente a buscar agua.

Su padre era distinto
de todos conversaba
cuando de hacer sus labores
a su casa regresaba.

Algo debía de haber
en estas gentes extrañas,algún secreto terrible
de cierto ellas guardaban.

Más del secreto un día
la madre fué enterada,
tan solo ella lo supo
pues nunca dijo palabra.

Cierta vez que trabajando
toda la gente se hallaba,
la madre de la Manuela
en la casa penetraba.

Y al entrar en el dormitorio
algo terrible la aguarda,
al mirar que cual dos novios
había sobre una cama.

El novio era Saturno
Manuela la enamorada,
que allí se estaban queriendo
con un cariño callado.

La madre al ver tal escena
ya no pudo ver más nada
mientras un grito tremendo
se escapó de su garganta.

Al intentar dar un paso
ella cayó desmayada
y el esposo y su hija
con gran terror la miraban.

Nadie supo más de esto
de aquello que allí pasaba,
por evitar la deshonra
la pobre madre callaba.

Pero tan grande secreto
le hizo ponerse mala,
y una cruel enfermedad
la obligó a guardar cama.

Doña Prisca no veía
doña Prisca agonizaba,
y el esposo y los hijos
junto a ella se hallaban.

Lloraban mucho esposo e hijos
Manuela la vista baja,
y numerosos vecinos
se agonia acompañan.

Ella a Saturno y a Manuela
dirige sus miradas,
¡me muero! ¡adiós mala hija!
dijo con voz apagada.

Profundamente en las gotas
imprimió estas palabras.

y por saber en por qué
sus motivos preguntaban.

Ella lo sabe decía
maldita la hija mala,
que Dios se lo tenga en cuenta;
fueron sus últimas palabras.

Esta horrible maldición
a la gente intrigaba,
que hacía sus conjeturas
por saber lo que pasaba.

Y así pasaron los meses
que en el mundo todo pasa,
se contaban estas cosas
y otras fueron comentadas.

La gente vió que Manuela
en cama se encontraba,
y al no conocerle novio
esto a todos extrañaba.

Y como por unos días
desapareció la muchacha,
se dijo que estaba enferma
y nadie dió importancia.

Los vecinos se decían
a ella que la pasará
y quién será su novio
y donde el fruto se hallará.

Hay quien dijo picareasco
esta callando los mala
lló el niño a Toledo
y aquí no pasó nada.

Manuela que en la luz
a una criatura se mira,
determinó hacer algo
para no ser olvidada.

El fruto de sus amores
cogió la mala de malvada,
y llevándolo al corral
¡famosa lo enterraba!

Pero sabiendo Saturno
donde el enterrado estaba,
temiendo fuera encontrado
cogió de pico y de pala.

Y mientras todos dormían
se fue muy de madrugada,
y el cadáver se llevó
al sitio de confianza.

Pero no lo quiso Dios
que tan cruel salvajada,
que estara desconocida
y la justicia burlada.

Fue un día unos vecinos
pasar junto a la casa
y apreciaron con terror
una escena que asombraba.

Vieron los restos de un niño
que unos cerdos devoraban,
comiendo brazos y piernas
que roja sangre manaba.

F I N